

■ Columnista - Espacio de Opinión

OBRAS COMPLETAS DE GABRIELA MISTRAL V CUADERNO: UN CHILE DE POLÍTICA INTELIGENTE....



RECADO SOBRE JUAN ANTONIO RÍOS

El hombre de nuestro acuerdo nacional nació en una provincia a la vez famosa y oscura. Famosa lo es Arauco más que otra cualquiera y la miramos como el corazón mismo de la raza. Y es oscura, porque acabados sus años de epopeya, que mejor llamaríamos de pasión, ella pasó a tercerona en la jerarquía económica del país; se apagó en cuanto a pobre y a desviada de la gran ruta central.

Allí nació Juan Antonio Ríos y un poeta le envidiaría su infancia espejeante de relatos folclóricos. De esta infancia se cuentan unas austeridades domésticas que lindaron con la pobreza. Millán Iriarte, en su biografía corta y sustancial, llama a la familia Ríos "hidalgos campesinos", y eso eran, un rezo de viejos granjeros españoles vueltos criollos pobres. La buena sal de la pobreza dio al niño Juan Antonio lo que ella siempre da: "Cierta firmeza áspera por absoluta y la resistencia a la corrupción de los centros".

El padre faltó y la madre regaló al hijo la maternidad paternal frecuente en nuestro mujerío. Lucinda Morales buscó el pan y crio a la prole en el sentido más bíblico de la palabra, sustentando la carne y haciendo el alma.

El niño no tuvo casa ancha ni escuela hermosa, ni juguetería vienesa, ni mimos sobrados. Aprendió lo que más necesita el republicano de un país pequeño: la angostura de los recursos, el "poco" y el "suficiente".

Su escuela de Cañete y su liceo de Lebu no podían regalarle gran cosa; pero su colegio penquista supliría más tarde las fallas y las flaquezas. Concepción había de volverse el núcleo de su buena suerte y el de su destino hasta el punto de que tal vez debamos nuestro hombre tanto a la madre como a la noble ciudad. Porque Concepción ejerce una doble manipulación sobre propios y ajenos: ella da cultura y contagia una especie de señorío democrático al transmitir su sentido de las categorías; ella siempre "imprime carácter" en sus hijos o ahijados. A pesar de ser muy ciudad, y por ello liberal y liberizante, ella no se destaca con pretexto de internacionalismo y viene a ser una matrona casticísima entre nuestras ciudades. Concepción y el señor Ríos se formaron y se mantie-nen síquicos y democráticos al mismo tiempo. Ambos gustan de la autoridad como del clima único en que sea dable hacer algo, pero los dos repugnan el envalentonamiento autoritario.

Juan Antonio Ríos siguió más tarde leyes en la Universidad de Santiago y ha ejercido la profesión que más envicia en la vida urbana, pero turnándola con la vida de hacendado gran sagesse. Por esto tal vez su elección dio la sorpresa de unas mayorías acá ciudadanas y más allá rurales. El campesinado, que puso su dolorida esperanza en otro hombre del campo, el presidente Aguirre, y lo amó bien y lo siguió filialmente, recobra ahora a su hombre de origen campesino, y se fía y confía a su sensatez terrícola.

Las provincias del sur llevaron varias veces al señor Ríos hacia la Cámara y el Senado; él participó en todas las legislaturas de veinte años y por esto conoce el país como un fruto en hueso y en pulpa. Él ha visto, en asambleas y parlamentos la inanidad de los discursos y no los prodiga mucho, por más de que bien pudiera complacerse en varias de sus piezas oratorias.

En su carrera política, el señor Ríos lo ha sido todo: soldado raso y capitán, jefe aclamado y jefe perseguido; ejecutor y consejero, conductor o seguidor de las corrientes de opinión. De este modo, él llega a su triunfo como el puma alcanza la madurez marcado por los garfios del espinal, y un tanto sollamado por las fogatas de los "roces"

criollos... Lo cual quiere decir que ha probado en la carne las grandezas y las miserias de la democracia, que lo han enamorado aquellas y estas lo han disgustado muchas veces. Seguramente el señor Ríos ha leído con cabal convencimiento las palabras de Mackenzie King, el jefe canadiense, sobre una reorganización a fondo de la democracia. Motejada de lenta y de lerda, después de vencer tendrá que rejuvenecerse para los jóvenes, volverse más sustancial para los maduros y limpiarse de demagogías para los viejos que no creen en algaradas vanas. El señor Ríos, como el señor King, no ha desahuciado a la democracia, persona vitalísima, rica de futuro todavía; pero él también, según sus discursos y su acción, desea que la ilustre persona rinda más, convenza a sus incrédulos y se salve en salvándonos. Nadie, ni el demócrata más terco, tolera ya el concepto de unas democracias hambreadas y levantiscas, o mejor dicho, refunfunas por hambreadas.

Las últimas labores de nuestro político, las que él tiene más próximas en experiencia y las más preciosas para nosotros, son la dirección de la Caja de Crédito Minero y de la Caja Hipotecaria, y su participación en los trabajos de la Sociedad de Agricultura. El triángulo nacional de mina, agricultura y crédito forma la viscera cordial de la vida chilena, por lo cual puede decirse que el señor Ríos ha tenido sus manos puestas sobre todos los recursos del país. Nada de nuestra realidad inmediata ha quedado fuera de su vista. Como los técnicos que hacen a grandes lanzadas de pluma el gráfico de metales y cereales, de lanas y fibras, de carburantes y abonos, midiendo los pulsos vitales de un territorio, el presidente Ríos conoce las abundancias y las escaseces, las seguridades y las volubilidades económicas de su patria.

En las pocas semanas de la lucha electoral, el pueblo tomó posesión de sus deseos verdaderos y vio de golpe lo que le traía este provinciano en su programa parco, parvo y hasta seco: una política de absoluta economía y el compromiso subrayado de mantener la constitucionalidad, línea tónica de nuestra historia. El pueblo encontró bueno a su candidato para tiempos de cataclismo y de hambre a las puertas. Lo vio como una especie de José abastecedor del trigo en la seca y como un repartidor con manos limpias y eficaces. Las tres clases sociales convinieron en la resolución, casi sin discursos o recados, en unos de esos relámpagos de intuición colectiva que se parecen a la ojeada ansiosa que se dan las multitudes en riesgo mortal. Una vez más la muy cuerda chilenuidad acertaba en lo primario y lo vital: salvar el aprovisionamiento de un país pequeño, acogotado por la guerra.

Siempre agradeceremos a Juan Antonio Ríos el que en medio de la tempestad haya visto claro el que las democracias criollas se desprestigian por su torpeza o su lenidad en la política económica; pero le agradecemos, otro tanto, el haber sabido también que los pueblos viven tanto de libertades como de carnes y féculas.

Mirando a lo agrimensur la vida del presidente Ríos, variada, a semejanza de nuestra orografía, contradictoria en la apariencia, siempre volitiva, se acaba pensando en que él llega a la presidencia como a un menester total ensayado por años en oficios parciales. El realismo se lo dio la tierra y la casa pobres; su opción definitiva por la ley le vino del contacto viscoso con el desorden, y su política positiva parece la herencia recobrada de los viejos presidentes creadores.



En cuanto al sentido criollo americano, que fue una honra de los dos gobiernos anteriores, podemos creer que él está saturado del mismo fuerte continentalismo. La América criolla quiere como nunca ser una, ligarse, entabarse, volverse un organismo racional por articulado. Aun los mismos de la disidencia, sienten el valor moral de la coincidencia y saben que irán hacia ella tarde o temprano.

Yo quería decir aún lo que vemos los escritores en los discursos documentales del mandatario. El gremio verbal por excelencia tiene que rastrear a su nuevo capitán en periodos escritos y en charlas familiares. Ellas nos dan la acción directa y pura, un modo de decir en el que parece que empezara el hacer. Su expresión oral recuerda a los que mandan en campamentos de camineros o en canchas de metal, teniendo a los lados piedras por colocar y por desplazar, materiales desperdiciados por descubrir y estorbos por aventar para el buen despejo de la faena que comienza. Esta lengua parecida a la flecha, de frase corta y enjuta, es por excelencia la que el pueblo celebra más y retiene mejor. Ella se asemeja al hablar objetivo de la gente rural; ella es pueblo rectificado, pero pueblo. Esta habla, además, carece de escondites y rodeos mañosos, y nos vuelve hacia el Chile clásico en el que se hablaba sin ladinería y sin aliño, en una derechura viril. Este decir no es el vaho caliginoso que han traído después los habilitados y donde la verdad se escabulle o se esconde como el pez, con un coletazo diestro.

Por lo mismo que las promesas del señor Ríos han sido netas y sobrias las retendremos bien; como las cuartetas populares las repetiremos para tonificar nuestra fe, y las recordaremos a los demás dirigentes del régimen si estos las olvidan o las diluyen al administrar.

En las elecciones fuimos pueblo "auditor", que se convence y se decide, y desde ahora pasamos a ser pueblo "cobrador", que repite a modo del estrillido de un romance resabido lo que el mandatario honesto prometió darnos y quiere darnos por la mano de sus administradores, y a lo largo de seis años.

Gabriela Mistral Obra reunida. Tomo V prosa